

Cuarto de Retratos

MÁGINA, HACIA EL AÑO 1900

Carmen Fernández Muñoz

La comarca de Sierra Mágina que retrata Arturo Cerdá y Rico es un lugar despoblado y empobrecido, apenas esbozado en los mapas al sur de la provincia de Jaén. Los caminos que conducen hasta ella son escasos y precarios. Un conglomerado de socavones y de guijarros sueltos congestiona el pavimento de tierra apelmazada que traza la carretera principal, la que une Jaén con la vecina ciudad de Granada. Se escucha en la lejanía el vozarrón de un arriero jaleando las mulas de su destartalada carreta, colmada con sacos de avena. De cuando en cuando, en mitad de una espesa polvareda, surge un coche diligencia tirado por media docena de caballos jadeantes. El voluminoso equipaje, envuelto en vistosas mantas a cuadros, traquetea con furia en el techo del vehículo y, en el interior del bamboleante armazón de madera, los pasajeros hacen muecas de resignación ante la terrorífica perspectiva de al menos diez horas de viaje hasta llegar a su destino: la ciudad de Granada. El silencio se abate como una pesada losa de mármol sobre los caminos de Sierra Mágina. Apenas los franquea nadie. Sus pueblos viven reclusos, comunicados unos con otros a través de tortuosas veredas y senderos de pastores sólo transitables a lomos de caballería.

En Cabra del Santo Cristo el aislamiento es aún más feroz. Aunque, la recién inaugurada línea de ferrocarril que une la estación de Linares Baeza con Granada y Almería ha paliado mucho su situación. El ronquido metálico del tren atraviesa el desolado municipio como un canto de esperanza, como una incongruente nota de progreso en una tierra pobre y anquilosada. Las colinas de arcilla blanquecina, erosionadas con violencia por las lluvias torrenciales, dominan el paisaje que rodea a la villa. Sobre ellas crecen despeinados atochales de esparto, entre solitarios ejemplares de encinas y de olivos marginales. Algunas huertas, próximas al tímido caudal de fuentes y manantiales, motean de verde oasis las planicies sembradas de cereal. En el olea-



je dorado de las espigas se distinguen las espaldas encorvadas y sudorosas de los segadores que fotografía Arturo Cerdá. Trabajan duro, protegidos con petos, mandiles y anchos sombreros de palma, mientras vigilan anhelantes la anaranjada circunferencia del sol ocultándose tras las montañas: la señal del descanso; allí mismo, sobre el ardiente lecho de paja desbrozada. La gran mayoría de los habitantes de Mágina son jornaleros, trabajadores sin tierra cuyo salario apenas llega para cubrir el sustento diario. En épocas de sequía y de paro los patronos les alojan en sus casas para que no mueran de hambre. Algunos distraen la pena con las partidas de cartas, al calor de las tabernas.

El tedioso letargo de los días se desvanece en la víspera de las fiestas y celebraciones. En los arrabales de las poblaciones los tratantes de ganado se acomodan bajo desvencijados sombreros con sus animales. Acuden campesinos y vendedores ambulantes de otros lugares: veloneros de Lucena, cacharrereros de Andújar, esparteros, caldereros... La chiquillería, vestida con encajes y trajes de marinero, revolotea alrededor de los humeantes puestos de buñuelos, instalados bajo los farolillos de papel con los que adornan las plazas. La murga de los húngaros acapara la atención de los rostros que miran ingenuos cómo un temible oso pardo les obedece con la docilidad de un caniche. El aturdido animal hace caso omiso del tachín tachán con que los titiriteros y saltimbanquis anuncian la función que tendrá lugar en el corralón más espacioso del vecindario. Entre la multitud de curiosos, un extravagante sefardí venido del lejano Oriente ofrece dátiles y preciosos objetos de quincalla.



El ocio, sin embargo, es efímero en Mágina. Para las mujeres parece no existir. En las imágenes de Arturo Cerdá y Rico se las ve arremangadas en las faenas del campo, inclinadas sobre el puchero que gluglutea cansino bajo la chimenea de la cocina, acarreando pesados cántaros de agua y canastas de ropa que sanean arrodilladas en las riberas de los arroyos y en los lavaderos públicos. Sentadas en corro en el umbral de sus casas, aprovechan los momentos de charla para trenzar ramales de esparto, sogas y cordeles de dimensiones kilométricas. El esparto es la única industria existente en Cabra del Santo Cristo. Cada año se cosechan millones de kilos de esta resistente gramínea que crece espontánea en sus campos. Atada en abultados haces, es transportada en los vago-

nes del tren hacia los puertos del norte de la península para su exportación. Con la materia prima que queda en el pueblo, los niños juegan a tejer soguillas y los mayores, con manos más expertas, confeccionan pleita para cubrir los zócalos y el pavimento de las casas, para hacer capachos, espuestas y serones que venden en el mercado.

En las aldeas de Mágina la vida bulle hacia fuera. Sobre el empedrado de las calles una familia ultima las labores de 'la matanza, con los ojos tenaces de famélicos perros clavados sobre los despojos. Las chimeneas desprenden olor a leña quemada mezclado con el tufillo del único condumio caliente del día: la olla huérfana o el cocido viudo. Un habilidoso barbero

rapa con extrema precaución la melena piojosa de su apurado cliente. La melodía, parca y aguda, que el afilador interpreta con su flauta para avisar de su presencia, es ahogada por el estrépito de los cencerros alocados de un rebaño de ovejas y de cabras. Cada una de ellas olfatea el corral de su propietario para pasar la noche, a la espera de que el pastor vuelva a recogerlas con las primeras claras del día siguiente. Las familias conviven con los animales domésticos en sus humildes viviendas de tapial, formadas por una cocina que hace de recibidor y por algún que otro dormitorio. Hay quien sólo dispone de recursos para abrir a pico y pala un agujero en la ladera del monte. En las cuevas, iluminadas por la luz temblona de los candiles de aceite, habitan los vecinos más pobres. Entre ellos se registran las tasas más altas de mortandad. La escasez de agua, la falta de higiene, y el estómago vacío hacen estragos entre la población que no resiste las virulentas epidemias de viruela y de sarampión.



No es fácil la vida para las gentes de la comarca de Sierra Mágina, expuesta con la veracidad de un documental en el archivo iconográfico de Arturo Cerdá y Rico, donde se muestra una forma de existencia que, a finales del siglo XIX y principios del XX, comparten con el resto de las poblaciones rurales de España.

